

a) Sobre la táctica electoral

1. Antes de entrar en el tema propiamente electoral, quisiéramos hacer algunas consideraciones sobre la caracterización de la situación política que se hace en el texto aprobado por el CC. Ya señalamos oralmente en la discusión del CC anterior a éste que las caracterizaciones de la situación incluidas en las resoluciones políticas parecen deteriorarse a ojos vista. En esta ocasión, por fortuna, se nos ha ahorrado el análisis internacional, donde las ligerezas resultan siempre más evidentes. Pero, en lo que se refiere a la situación política interna, encontramos afirmaciones que vienen manteniéndose a lo largo de sucesivas resoluciones para explicar fenómenos distintos, cambios que no se explicitan ni motivan, generalidades que en nada ayudan y simplificaciones que nos incapacitan para el análisis. No pretendemos que la resolución se reduzca a esto, sino simplemente que está muy por debajo de las posibilidades y, en todo caso, de las necesidades del partido. El hecho de que nuestro interés se centre en la táctica electoral, la premura de tiempo y nuestras propias limitaciones son los motivos por los que no trataremos de presentar aquí un análisis alternativo, sino tan sólo de señalar algunos de los aspectos más llamativos de esta parte de la resolución.

Veamos, por ejemplo, lo que la resolución llama la "tensión permanente entre las vías parlamentaria y golpista de la contrarreforma". Que, en un primer análisis, existen esas dos vías es algo evidente: si la contrarreforma no se hace por la vía parlamentaria tendrá que hacerse por la golpista. Pero, con los mismos motivos, se podría haber añadido una tercera, que hoy funciona en el Líbano: la vía de la invasión exterior. Naturalmente, esto es descabellado, pero es descabellado porque no se trata meramente de imaginar posibles vías contrarreformistas, sino de analizar el grado de necesidad de la contrarreforma, los costes de las distintas vías y el mapa de las fuerzas en presencia. La resolución se limita a imaginar vías y a medir los costes, pero no se preocupa de evaluar los otros dos factores.

Así, se da por sentado que es imprescindible una contrarreforma y que no se ha avanzado un paso en la misma. Pero, ¿por qué es tan imprescindible? ¿Qué es lo que la burguesía no puede tolerar de la situación actual? Realmente, hace ya tres lustros que la burguesía no lograba imponer medidas tan duras con unos costes tan bajos. Por otra parte, no es cierto que el gobierno no haya podido ni pueda "dar pasos significativos en el proceso de contrarreforma" (p. 2). ¿Qué son, entonces, el ingreso en la OTAN y la alineación pro-USA, la LOAPA, la ley de "defensa de la democracia", la represión en Euskadi o la normativa sobre contratación temporal? Este ultimatum en el análisis tiene la función de presentar como algo obvio el que la burguesía o "un sector" de la misma está interesado en un golpe. Así, la resolución da un salto de señalar que existen poderosos sectores golpistas en las Fuerzas Armadas a ponerse a discutir las veleidades golpistas de la burguesía en términos de oportunidad y costes, dando por supuesto lo que debería haberse demostrado: que la burguesía o un sector "significativo" (ahora que está de moda el término), y no simplemente testimonial, de ella está por el golpe. Entonces se repasan los factores que dificultan el golpe y se olvida el más importante: que todavía no hay motivo.

Otro ejemplo de este tipo de análisis lo tenemos cuando se afirma que "en la jerarquía militar la opción dominante es una variante de la llamada «solución Armada»". Esto ya se afirmaba respecto de la anterior JUEM — que a nuestro juicio había adoptado una posición constitucionalista —, luego, entonces, no se comprende para qué tuvieron

que cambiarla. ¿O es que la clave está en la expresión "una variante de"? En tal caso, ¿en qué consiste la variante? Desde luego, el CC que votó la resolución no lo sabía, y nos tememos que el CE que la presentó tampoco. Nos tememos, en definitiva, que lo de la "variante" no es sino un recurso necesario cuando no se tienen elementos para caracterizar la posición de la cúpula oficial de las FAS pero se quiere afirmar a toda costa su vocación golpista. No cabe duda de que, por este procedimiento, existen bastantes probabilidades de terminar acertando, pero... ¿por cuántas "variantes" habremos pasado ya entonces? ¿Y seremos incapaces, de aquí a entonces, de decir algo concreto sobre esas "variantes"?

Cambiamos de tema. Como de costumbre, la resolución nos obsequia con una caracterización de la correlación de fuerzas: «Los resultados de las elecciones de Andalucía y el aumento de las expectativas de triunfo electoral del PSOE demuestran que la correlación de fuerzas entre las clases sociales no ha cambiado de modo cualitativo, que no ha habido una derrota y una desmoralización de la clase obrera» (p. 1). Los sindicatos están vacíos, las organizaciones ciudadanas sobreviven como espectros de sí mismas (aunque hagamos un pronóstico, tal vez acertado, sobre su recomposición), el número de horas de huelga disminuye, los pactos sociales pasan, el PCE y la izquierda revolucionaria están de capa caída, el involucionismo se afirma en el ejército, la contrarreforma avanza deprisa o despacio, AP le come el terreno a UCD, la patronal está más combativa que nunca, el PSOE se derechiza a marchas forzadas... y la correlación de fuerzas entre las clases no ha cambiado. Si lo que se quiere decir es simplemente que no ha habido "derrotas decisivas", o sea, que la situación se puede invertir, valdría más decirlo así de sencillamente. Pero lo que se quiere es mantener la letanía a cualquier precio, y ahora resulta que la correlación de fuerzas no ha cambiado... porque hay buenas expectativas electorales. Tampoco ha cambiado, recuérdese, cuando la izquierda perdió las elecciones del 79 ó el gobierno autonómico de Catalunya, ni cuando, en el primer debate sobre las elecciones anticipadas que siguió a la dimisión de Suárez, la mayoría de la dirección estaba segura de que la izquierda perdería unas elecciones adelantadas. Entonces la correlación no había cambiado, pero la situación estaba muy mal y se iban a perder las elecciones. Ahora se van a ganar, lo que demuestra que la correlación sigue sin cambiar. En resumen: la correlación de fuerzas no cambia jamás y todo lo que sucede viene a demostrarlo así, **ad majorem gloria** de un análisis inasequible al desaliento.

Un último caso: "en particular, se discute de la importancia que vaya a tener dentro de UCD el ala suarista" (p. 3). El párrafo que todavía se lee tachado a continuación era bastante más afortunado, pues abordaba el problema del "partido bisagra". ¿Qué es lo que llevó a cambiarlo: las fintas de última hora de Suárez en sus reuniones con Lavilla y Calvo? Ya entonces parecía claro que por parte de Suárez no había sino un empeño en demostrar que no se iba, sino que le resultaba imposible quedarse en UCD, pero podemos prescindir de esta discusión. Lo que importa es que no solamente se prescinde del de Suárez, sino que se olvida que hay todavía otro partido-bisagra: el de Fernández Ordoñez. Y esto no es sólo relevante para la futurología o las columnas periodísticas, sino, sobre todo, para darse cuenta de algo que afecta muy profundamente a la táctica electoral: que cada vez se apunta más claramente, no ya para nosotros sino para todo el mundo, la perspectiva de que una victoria electoral socialista se traduzca en un gobierno de coalición con la derecha ("centro") en el que ésta no va a ser precisamente un rehén.

Digamos algo todavía sobre otra letanía: la de la "crisis de dirección política" de la burguesía, que, como es sabido, dura al menos desde nuestro Vº Congreso. Que la burguesía no ha encontrado todavía una DC como la italiana, ni un Conservative Party, ni una CDU-CSU, está claro. Pero resumir de la misma manera la situación cuando UCD

barria en las elecciones, cuando comenzó su crisis o cuando la que barre es AP dentro de la derecha, parece excesivo. En todo caso, mientras antes daban su voto a un partido con veleidades populistas y centristas ahora emerge con gran fuerza un partido abiertamente reaccionario y se deslizan hacia él los restos del "centro". Es decir, si antes asistíamos a la descomposición lenta de la antigua dirección ahora tenemos ante nosotros el ascenso sostenido de una dirección alternativa con las cosas bastante más claras. Es obvio que no se pueden resumir ambas situaciones de la misma manera. Añadamos de paso que la resolución apuesta por un apoyo burgués a AP cuando hasta hace poco —incluido hasta después de las elecciones gallegas— se apostaba por un apoyo indiferenciado a AP y UCD, cuando en realidad la patronal ya había cambiado de estrategia, como hicimos notar algunos y como sin embargo, no dice que aquí ha cambiado el análisis, como tampoco que, si ahora se da por casi segura la victoria del PSOE y en el debate sobre las anticipadas se decía lo contrario, o nos equivocábamos entonces o nos equivocamos ahora, y en cualquier caso hemos cambiado de previsión.

2. El penúltimo CC, una vez más, se opuso a la reivindicación de unas elecciones anticipadas, pero, ¡ay!, añadió que cabría utilizar la consigna en caso de una victoria fuerte de la izquierda en Andalucía. Esa victoria ha llegado, ha sido aplastante, el país está gobernado por un partido minoritario que es una merienda de negros y la resolución no cree que sea todavía el momento de reclamar una convocatoria anticipada. ¿Para eso valen las resoluciones del CC? Cuando se comenzó a discutir la cuestión de las anticipadas uno de los principales argumentos en contra era que íbamos a estar solos pidiéndolas; ahora las pide la primera fuerza y futura mayoría electoral, el PSOE, y seguimos callados. ¿Para eso valen los razonamientos del CC? ¿O es que razonamos ya como Carrillo, exclusivamente en términos de si estamos o no en el mejor momento.

3. Entremos ya directamente en el tema del voto. Aclaremos, de entrada, que sabemos bien que lo que se discute es la petición de voto y no la presentación de candidaturas, en lo que todo el mundo parece —de momento— estar de acuerdo. Aún a riesgo de simplificar en exceso, creemos que el razonamiento de la resolución puede sintetizarse así:

— Existe una fuerte expectativa de cambio, o deseo de resistencia, que tiende por sí sola a traducirse en un masivo voto útil, es decir, en un voto PSOE en detrimento del PCE y de la izquierda revolucionaria. Esta cartelización electoral va más allá del mapa real de fuerzas dentro de la izquierda: la base social y política del PCE y la IR también quiere votar PSOE, en todo o en parte, visto que lo que se juega aquí es la victoria de la derecha o de la izquierda.

— Debemos vincularnos a esta corriente de masas que va a votar socialista, y lo haremos mejor si no aparecemos enfrentados a ellos. Por otra parte, debemos intentar que esa voluntad de cambio o resistencia tenga una expresión programática que no le va a dar el PSOE, luego intentaremos que una serie de puntos básicos sean asumidos por las mismas organizaciones del movimiento que han de llamar a votar izquierda, etc.

— Por consiguiente, aún presentando candidaturas propias o de frentes, tenemos que llamar a desistir con alguna fórmula, aparcando por ahora el debate (voto PSOE, PSOE-PCE, "de izquierda").

— Es cierto que estamos intentando construir frentes aquí y allá, pero sería perjudicial para ellos, todavía en proceso de gestación, cosechar un fracaso electoral. Lo mismo para nosotros o para una coalición LCR-MC. "No queremos que nos pasen por las urnas".

— No obstante, allá donde un frente con nuestra presencia o una fuerza de resistencia organizada tenga perspectivas de lograr un voto "significativo", que no "testimonial", podemos considerar pedir el voto para ellos (HB, BNP, UPC, tal vez PCC o EUPV).

4. No creemos que la petición de voto o el desistimiento sean cuestiones de principio, pero tampoco que dependan exclusivamente de un análisis de coyuntura. En general, las elecciones, aparte de producir cierta distribución de los diputados y senadores, son una forma de hacer propaganda. Para los revolucionarios son sobre todo eso, y lo son en un doble sentido: se hace propaganda durante la campaña y se aspira a conseguir una tribuna parlamentaria desde la cual seguir haciéndola regularmente. Lo primero tiene consecuencias sobre la fórmula de voto: cuando hacemos propaganda no solamente entramos en una discusión difícil contra la estrategia reformista, sino también contra el posibilismo que impregna la vida política de toda democracia parlamentaria. Son muchos los votantes que consideran que estaría muy bien lo que nosotros decimos... si fuera posible, pero que lo que hay que hacer y lo que se puede hacer ahora es lo que dice el PSOE. Por más explicaciones que demos, al defender un programa pero pedir el voto para quienes defienden otro minimizamos nosotros mismos las diferencias que argumentamos: cualquiera que sea el mensaje, el ruido que producimos viene a decir claramente que aquí y ahora la estrategia posible es la reformista y que no aspiramos a otro papel que al de conciencia crítica o Pepito Grillo de éstos.

Lo segundo, conseguir algún diputado con el que seguir haciendo propaganda, implica necesariamente un largo camino que pasa por numerosos resultados electorales en los que no se consigue. Este camino es el de la batalla por la credibilidad electoral, en el cual el partido debe esforzarse por dedicar más medios a las elecciones, presentarse con fórmulas claras y candidaturas con más posibilidades, etc. Sin embargo, el curso que nosotros hemos seguido es el contrario: desde el FUT hasta hoy, sin entrar en los problemas de programa, venimos disminuyendo el esfuerzo electoral, el número de provincias en las que nos presentamos, la amplitud —salvo excepciones como UPS— de las candidaturas, retrasando el momento de decidir el voto, presentando peticiones de voto diversificadas y por lo tanto confusas cuando se trata de un partido con pocos medios de propaganda y agitación, empecinándonos en el tema de la unidad cuando eso contradice la composición de nuestras candidaturas, etc. ¿Cómo justificar el que nos hayamos presentado sólo en dos provincias en las elecciones andaluzas? ¿Quién puede creer en una candidatura que se presenta en dos provincias sobre ocho? Querámoslo o no, desde hace varios años venimos preparando las condiciones para que el desistimiento sea inevitable, al menos en la medida en que esas condiciones dependen de nosotros.

Por lo demás, el problema del "voto útil" no ha surgido hoy. Nos hemos enfrentado ya con él y tendremos que seguir haciéndolo en sucesivas rondas electorales. Pero nuestra tarea consiste precisamente en educar a los electores contra el argumento del voto útil. Es responsabilidad del PSOE, y no nuestra, el que haya una ley electoral mayoritaria. ¿A dónde van a ir a parar varios años de trabajo en contra del "voto útil" cuando nosotros mismos empleamos ahora el argumento?

5. Vayamos en concreto con el problema de desistir hoy a favor del PSOE. La piedra angular del asunto es la famosa polarización izquierda-derecha, pero esta polarización ya existió en 1977 y 1979 (¿o es que no se recuerda?) y volverá a existir, sin lugar a dudas, en las próximas elecciones, sobre todo si el PSOE gana éstas y la derecha se reorganiza y pasa a la ofensiva. ¿Por qué no vamos a desistir también entonces? ¿Y hasta cuándo vamos a seguir ha-

ciéndolo? Y, si no lo hacemos en las próximas, ¿no se volverá contra nosotros la argumentación que empleamos hoy?

El mismo CE, al redactar la resolución, se ha cuidado mucho de decir que existe una voluntad de cambio socialista tendiendo a reflejarse en un voto PSOE. Existe voluntad de "cambio" a secas o de simple resistencia. No existe ninguna oferta socialista creíble, pero ¿tampoco existen votantes que quieran un cambio socialista, dispuestos a votar ya un programa de transformación socialista o que se encamine hacia ella? El votante no es tonto, y sabe que la utilidad del "voto útil" depende no sólo del tamaño de la fuerza electoral a la que se le otorga, sino también de su programa. El PSOE está ganando rápidamente credibilidad electoral, pero también está perdiendo credibilidad política, aunque este segundo proceso sea mucho menos amplio que el primero. Es un secreto a voces — y lo será a gritos a medida que Fernández Ordóñez, Suárez y el propio PSOE empiecen a hacer campaña — que el resultado de una victoria socialista no va a ser un gobierno socialista, sino un gobierno de coalición que incluso ahora anuncia ya muy poquitos cambios.

Ni PSOE ni PCE ofrecen hoy una alternativa a la que pueda, siquiera demagógicamente, ponerse el calificativo de socialista. El PSOE no ha sufrido todavía las consecuencias de ello, pero el PCE, que arrastraba ya un estancamiento electoral, lo está pagando en forma de fracaso en las urnas y de desgajamientos organizativos importantes. En estas condiciones, no vamos a afirmar que el campo está expedido para la izquierda revolucionaria — que carga con la peor parte del pastel y con las consecuencias de su propia crisis —, pero sí que una candidatura con un programa socialista y capaz de aglutinar a la mayor parte de lo que queda a la izquierda del reformismo — es decir, de ofrecer cierta credibilidad — podría obtener unos resultados "significativos".

De lo anterior se desprende también otra cosa: el voto por el que competimos no es, en lo fundamental, un posible voto PSOE, sino el mismo voto que van a perseguir el PCE y otros grupos de la izquierda revolucionaria y, sobre todo, el que se va a perder en forma de abstención de quienes consideran que no vale la pena elegir entre un perro y una perra. Además, es más que dudoso que consigamos desviar significativamente votos hacia el PSOE: lo más probable es que posibles votos nuestros vayan hacia otros grupos de la IR o hacia el PCE. Y, si esto es así, habremos conseguido el efecto contrario al esperado: en la medida en que los resultados de la izquierda revolucionaria sean bajos, nos veremos afectados por ello igual que si nos hubiéramos presentado. Y, en la medida en que esos resultados sean algo, serán resultados de esos otros grupos, no nuestros. Desistiendo no evitamos que "nos pasen por las urnas", sino que formulamos nosotros mismos el peor de los veredictos posibles.

6. Desistir en unos sitios en favor del PSOE y en otros en favor de pequeños frentes nacionalistas es algo que no se comprende muy bien, por más que nos esforcemos. En primer lugar, nos lleva a una confusión final sobre qué voto estamos pidiendo qué ya conocemos bien de otras campañas y deberíamos evitar por todos los medios. No somos un partido lo bastante fuerte para dejar bien clara una táctica muy diversificada. En segundo lugar, ¿cómo se compagina el argumento del voto útil en la mayor parte del estado con tirar credenciales de diputado al río votando HB en Euskadi? ¿Y qué tal "conectaremos" con los seguidores de HB cuando tengamos que explicarles que en otros lugares votamos al centralista PSOE, y con los seguidores del PSOE cuando tengamos que decirles que en Euskadi votamos el brazo político de ETA? ¿Qué diremos en Madrid sobre la "utilidad" de nuestro voto en Euskadi, y en Euskadi sobre la "significación" de nuestro voto de "resistencia" en Madrid? Por separado, se puede argumentar tanto el voto útil como el voto de resis-

tencia, pero, puestos el uno al lado del otro, ambos argumentos corren el riesgo de anularse mutuamente.

En general, no creemos que votar por frentes nacionalistas o de resistencia en las nacionalidades históricas y Canarias y por "la izquierda" en el resto del Estado pueda llamarse una "orientación", o al menos no una orientación clara y comprensible. Si el argumento del voto útil es válido para la meseta, mucho más debe serlo para Euskadi frente al voto HB, que, en términos de "expectativas de cambio" y demás es un voto totalmente perdido y se sabe de antemano. Por otra parte, no vemos por qué HB y no EE en Euskadi, siendo este último un voto menos radical en el terreno nacional pero más claramente de izquierda y de clase.

En cualquier caso, creemos que: 1) La orientación debe ser general, aunque tenga alguna excepción, y no una orientación hecha de excepciones y precisamente allá donde tenemos cierta influencia; 2) Debe ser lo más clara posible y hablar por sí sola, sin necesidad de grandes explicaciones y sin que pueda inducir a confusión; 3) Debe ser formulada claramente tan pronto sea posible, y no en mitad o al final de la campaña electoral, como hemos hecho otras veces; 4) Si hay desistimiento, voto útil en sentido estricto, debe ser a favor del PSOE, y no a favor de PSOE y PCE o de "la izquierda".

7. Resulta cuando menos dudoso que el desistimiento electoral sea coherente con la orientación de nuestro VI Congreso. Este congreso introdujo dos grandes cambios en nuestra táctica política general: convertir la construcción del Partido de los Revolucionarios en un tema de propaganda, agitación e iniciativas de acción y establecer que el partido debía apoyarse en los "sectores activos" para su intervención política. Más tarde eso se ha traducido en diversas conversaciones bilaterales con otros grupos y en el intento de formación de frentes. La propuesta de desistimiento, sin embargo, da un vuelco a esta orientación: nuestra propuesta electoral no se basa ya en intentar dar una salida a esos sectores activos y dirigirnos, desde la base lograda en ellos, hacia sectores más amplios bajo influencia reformista; la propuesta de desistimiento no consiste sino en elaborar nuestra táctica a partir de los sectores más atrasados e intentar imponerla a los más avanzados.

¿En nombre de qué? En nombre de una conexión con la corriente de masas que quiere votar PSOE que no va a existir. Naturalmente, cada militante socialista que nos encontremos en un café nos recibirá con una amable sonrisa, nos dará las gracias y nos dirá que hemos hecho lo más sensato, que ya sabía que se podía contar con nosotros, que valemos mucho más que otros izquierdistas y cosas por el estilo, pero, a lo largo de toda la campaña, no le vamos a ver el pelo a la base socialista. Sí que nos vamos a encontrar, en cambio, explicando en mítines y actos políticos que deben votar PSOE a una gente que no quiere hacerlo o que si lo hace es fundamentalmente por la falta de credibilidad de la izquierda.

Desde el VI Congreso hasta hoy hemos tenido muchas dificultades para aplicar la nueva orientación. Si hay que hacer un balance general, éste consiste en que no hemos podido o no hemos sabido encontrar los temas, los objetivos y las formas de movilización y organización que nos permitieran, con un pie en los sectores más activos, dirigirnos hacia la base política del reformismo. Solamente no ha sido así en el caso de la campaña contra el ingreso en la OTAN y las bases, parcialmente, y en alguna otra ocasión puntual. Paradójicamente, pues, resultaría que no hemos sido capaces de conectar con sectores más amplios en la acción y la agitación y pretendemos hacerlo ahora en la propaganda.

¿Es compatible el desistimiento con la construcción de frentes? Sobre el papel todo es compatible: se construyen los frentes y se vota al PSOE, y ya está. En el CC se ha argumentado incluso, no sin razón, que un fracaso electoral

manifiesto podría ser un factor de desmoralización en esos frentes, pero, con el mismo motivo, puede argumentarse que un cierto éxito (¿un voto "significativo"?) supondría una buena inyección de moral. Pero hay otro aspecto que nos parece más importante: las elecciones son la ocasión para que las discusiones que tenemos con otros grupos, colectivos, militantes independientes, etc. superen el planteamiento de lograr una mera plataforma de acción. La formación de candidaturas implica mucho más que la preparación de acciones puntuales: implica discutir sobre programas y hacerlo con la voluntad de llegar a un acuerdo. Si renunciamos a formar candidaturas-frente habremos perdido para varios años una ocasión de oro para llevar a cabo este debate. Y a nosotros, si somos capaces de dejar de lado nuestro propio sectarismo y de favorecer que hagan lo mismo los demás, nos interesa siempre, nos interesa ya, tener ese debate, como también nos interesa el largo periodo de trabajo conjunto que supone una campaña electoral.

Se quiera o no, si nos dirigimos hacia el desistimiento no trabajaremos ni conseguiremos que nadie trabaje con el mismo énfasis en la formación de frentes que si dirigimos a éstos hacia la confrontación electoral. Por lo demás, ya lo sabemos, es posible presentar candidaturas-frente que llamen al desistimiento, pero no hay que ser ningún profeta para saber de antemano que les faltaría el más mínimo nervio. El fracaso no vendría entonces de los resultados electorales, sino de la campaña misma.

8. El principal cambio que introdujo el VI Congreso, ya lo hemos dicho, concierne al Partido de los Revolucionarios. Aquí, también, la táctica electoral por la que nos decidamos significará optar por o contra el trabajo en pos de este objetivo. Desde el punto de vista de la construcción del P. de los R., tenemos el máximo interés en conseguir resultados rápidos en las relaciones con otros grupos y corrientes, en mostrar que la unidad es posible más allá de los acuerdos puntuales para la acción. En este sentido, todo el trabajo y las discusiones preparatorias de una campaña electoral unitaria deben tener para nosotros mucho más valor que cualesquiera resultados que puedan obtenerse en las urnas.

La propuesta de candidaturas-frente, llevada hasta sus últimas consecuencias —el voto—, nos daría precisamente la ocasión de dirigirnos a **todos** esos sectores de los que creemos que debe surgir el P. de los R., con la ventaja de que este tema no se puede discutir en términos de simples adhesiones como las que venimos recibiendo en la campaña anti-OTAN y otras iniciativas puntuales. De hecho, con alguna de estas corrientes —como el Colectivo Comunista Democrático, que agrupa a buena parte de la dirección de CCOO en Madrid y está integrado como colectivo independiente en la ARI— es difícil o imposible hablar de cualquier tipo de plataforma unitaria que no tenga una proyección electoral.

La voluntad de desistir procede de consideraciones coyunturales y a corto plazo que poco o nada tienen que ver con los objetivos últimos que nos hemos propuesto para este periodo, la construcción del Partido de los Revolucionarios. La formación de y petición de voto para las candidaturas-frente puede que choque con esas consideraciones coyunturales, pero resulta mucho más acorde y más coherente con los objetivos que nos hemos fijado, que son los que deben informar toda nuestra actividad cotidiana y, particularmente, nuestra táctica electoral.

9. Efectivamente, el miedo a un fracaso electoral es un poderoso argumento a favor del desistimiento, pero en ningún caso debería haber tenido otro estatuto que el de argumento de última hora. El desistimiento puede ser un recurso postrero o una salida de última hora, pero no un planteamiento de principio o un punto de partida. No es lo mismo ir de entrada hacia el desistimiento que hacerlo después de intentar y no lograr formar candidaturas-frente

de cierta entidad. Sin embargo, la resolución del CC genera la dinámica contraria: ya no hay que esforzarse por formar frentes electorales, ni siquiera hay demasiada prisa en formar frentes en general, puesto que vamos a desistir.

El penúltimo CC aprobó una enmienda a la resolución política por la cual el partido se obligaba —lo que quiere decir fundamentalmente que el CE y el semanario se obligaban— a desarrollar una campaña ofensiva en dirección hacia una candidatura electoral unitaria de la izquierda revolucionaria y, en su caso, sectores nacionalistas radicales. El CE debiera haber acelerado los contactos con otras organizaciones, haber introducido este tema como prioritario en la agenda de discusiones, haber avanzado una primera propuesta sobre qué programa podía presentarse a las elecciones, haber dicho una y mil veces públicamente con quiénes deberíamos y creíamos que era posible concurrir a las urnas. Esto es lo que en el último CC se dió en llamar también la "precampaña". Nada de esto se ha hecho, con lo que ahora se puede tomar como dato objetivo lo que, al menos en buena parte, es un producto de nuestra propia actitud subjetiva. Ahora cabe también, claro está, lamentarse de no haberlo hecho y añadir a renglón seguido que ya es demasiado tarde para intentarlo.

Sin embargo, creemos que esta campaña o "precampaña" todavía puede y debe hacerse y que debe continuar hasta el último momento, es decir, hasta el momento en que haya que legalizar una u otra candidatura, para pedir el voto o para desistir. El problema de constituir una candidatura de la izquierda revolucionaria es menos un problema de tiempo que de condiciones objetivas y subjetivas. La proximidad de las elecciones, obviamente, nos deja menos tiempo del que desearíamos, pero a la vez presiona, y no sólo a nosotros, en favor de decisiones rápidas. En general, nos atreveríamos a afirmar que en cualquier plazo se llegaría a los mismos resultados, que se puede apurar en poco tiempo lo que haya de apurable. Por lo demás, no tenemos ninguna seguridad de que las elecciones vayan a ser ya a la vuelta del verano, y, en todo caso, para organizar una campaña de desistimiento no se necesita mucho tiempo.

El problema reside en que la resolución invierte el orden de las cosas. Si se admite, como la propia resolución y el CE parecen admitir, que una candidatura que vaya notoriamente más allá del tandem LCR-MC y una expectativa de voto "significativo" son suficientes para no desistir, la conclusión es que hay que trabajar por la formación de esta candidatura hasta el último momento. La resolución, sin embargo, desde el principio hasta el final, desde la caracterización de la situación hasta las conclusiones últimas, está obsesionada y tiene la virtud de obsesionar a quien la lee con el desistimiento. No es así como se ayuda al partido a buscar y crear salidas distintas de algo que, en todo caso, ni sus más firmes defensores consideran como otra coasa que como un mal menor.

Abbadon

b) El voto

La cuestión del voto marcará para todo un tiempo la imagen y "ser" del partido. De ahí la necesidad de medir muy bien nuestra posición que en ningún caso puede ser única para todo el Estado, dada la diversidad de situaciones.

Aún teniendo en cuenta que las elecciones se han convertido en "obstáculos" a salvar por los revolucionarios en las condiciones actuales, **no se puede deducir de aquí una norma general (con excepciones) de "voto útil" para esta confrontación electoral.** A este respecto el error de partida de la "resolución" (¿provisional?) del Cté. Central es deducir linealmente del análisis de la situación política —sobre el que por otra parte hay plena coincidencia— la orientación de voto, sin que las posiciones de voto

se conecten —a mi juicio— con los objetivos claves que se ha dado el partido para este periodo. Lo traumante de la experiencia andaluza no debiera invitar a un cambio de posición de 180°, de extremo a extremo, que creo que lamentaremos en un futuro balance.

Para una posición de voto hay que tomar en consideración al menos cinco cuestiones: el análisis de la situación política, el significado de la confrontación electoral, la experiencia del partido, la heterogeneidad de situaciones de la vanguardia en las distintas nacionalidades y regiones, y nuestros objetivos como partido. **Este último aspecto es el más importante teniendo en cuenta que debe ser coherente** con el análisis del movimiento y, también, que no somos una fuerza determinante precisamente en la toma de posición de la clase, lo que nos obliga a una **línea de acumulación de fuerzas**, de aglutinamiento de revolucionarios, resistiendo hasta donde es posible y coherente con nuestra línea a la presión del voto útil de izquierda o nacionalista radical.

Dicho de otro modo, aceptar el voto útil debe ser la conclusión **únicamente después** de haberse esforzado en la creación de frentes de izquierda radical, incluso en los casos en que es previsible de antemano su no formación. Ciertamente no nos da igual cualquier frente. Este ha de ser significativo, pero esa significación **no es valorable por el número de votos** que se vayan a sacar sino por el impacto que su formación genere en la vanguardia, una vanguardia que no es nada tonta y que puede ser avisada de la tendencia general al voto útil en la clase trabajadora para evitar decepciones. Naturalmente una cifra no ya pequeña, sino ridícula totalmente (o sea, similar a la que hemos solido tener nosotros solos) haría desaconsejable la petición de voto para el frente, salvo que los significativos compañeros con los que iríamos opinaran lo contrario.

Por otro lado, la orientación general (con excepciones) de voto útil no es muy estimulante para la formación de frentes de izquierda precisamente porque será improbable convencer a otros compañeros de la "justeza" de nuestra posición de voto dado que lo normal es que **la petición de voto sea la continuación de la política electoral**, salvo que las circunstancias, y excepcionalmente, obliguen a lo contrario. **El CC ha convertido la excepción en norma y viceversa** y no nos extrañaría demasiado que las excepciones que tenga que admitir el CC vayan a tener que ser más de las que desea, convirtiéndose al final y felizmente las excepciones del CC en la norma y viceversa, lo que desde luego demostraría que el CC es sensible a la realidad de la vanguardia y del partido.

En determinadas nacionalidades o regiones (Euskadi, por ejemplo) puede muy bien ocurrir que el MC no tenga interés en ir con nosotros dadas sus recientes posiciones. En este sentido no ayuda mucho de cara a la clarificación de posiciones en el interior de MC no poner en el puesto de mando una línea de encuentro de los revolucionarios más conscientes, con posición de voto incluida para ese frente. **Tampoco es muy coherente en el caso vasco determinar que los pasos inmediatos para la construcción del partido pasan por EMK, LKI y colectivos y luego no aplicarlo a un campo tan central como las elecciones** a todos los efectos, por más de que sea previsible el rechazo de EMK a una propuesta semejante. No dar la batalla, renunciar a darla respecto a EMK en el terreno electoral permite interpretar que la conclusión central del reciente congreso de LKI no ha sido en la línea de la construcción del partido de los revolucionarios sino del estrechamiento de lazos con la corriente abertzale rupturista, que si bien son cosas relacionadas no son idénticas, poniéndose la meta a largo plazo antes de la de a corto, o sea el carro delante de los bueyes. ¿Piensa alguien que EMK —o el sector de EMK menos proclive a la abertzalización en curso en ese partido— puede tener interés en la oferta de un frente de acción para llamar finalmente a votar HB? Para hacer eso —que lo harán— prefirirán ir solos. Lógico.

En las posiciones del CC se establece la siguiente jerar-

quización. Criterio clave: 1) Apoyo crítico al voto útil que refleja la voluntad de cambio; 2) Donde existan corrientes de masas nacionalistas radicales, voto útil radical. 3) Si se da algún caso de izquierda radical y clasista con peso y plataforma previa (Asturias y quizás País Valencià), voto a la coalición.

Lo correcto —a mi juicio— es lo contrario: 1) **Priorizar la formación de frentes que si no son ridículos, pedirían voto**, lo que la gente entiende perfectamente. 2) Si fracasa la formación de esos frentes, y solo si fracasa, nos veríamos obligados a llamar a votar opciones a la izquierda del reformismo (BNPG en Galicia, HB y, en segundo lugar, EE en Euskadi, PCC en Catalunya...). En el resto "vota izquierda" (dicho sea de paso no se ve muy bien la razón por la que siendo la tendencia del voto útil hacia el PSOE, nosotros entremos en el juego que algunos proponen, contribuyendo a hundir al PCE en beneficio del PSOE, cuando para muchísimos trabajadores que encontramos en el sindicato votar PC es votar más a la izquierda del PSOE).

No es aceptable, por otro lado, plantear que en el caso vasco una supuesta coalición de izquierda revolucionaria que pediría voto para sí misma, fuera sectaria respecto al "frente de resistencia" que dirige HB. La izquierda revolucionaria es una fuerza diferenciada y reconocida como tal en Euskadi, y que siempre ha pedido voto para sí misma de forma individualizada. Una coalición EMK-LKI-LAIA sería un salto cualitativo tanto para la línea de construcción del P de los R (16.000 votos en todo Euskadi por ejemplo, no estaría mal, aunque sea muchísimo menos que la suma de votos en anteriores elecciones) como para completar una **forma distinta** de estar en el "frente de resistencia". Valorando positivamente que HB mantuviera o subiera en votos, nos parece más positivo aún que además de eso, la izquierda revolucionaria se atreviera a ser lo que siempre ha sido, sacudiéndose de encima los recientes **complejos** de inferioridad que terminarán por destruirla.

Solo en el caso —muy previsible— de que ese frente fuera imposible en Euskadi, tendría sentido llamar a uno de los votos útiles. Ciertamente no hay comparación entre nuestros acuerdos con HB y con EE y por ello dentro de un llamamiento a voto "izquierda abertzale" explicaríamos que priorizamos a HB. Pero tampoco sería buena una excesiva identificación con la coalición que tiene como dirección política a ETA y cuyo programa tiene un horizonte limitado a la democracia radical. Por otro lado y reafirmando todas las críticas que hacemos a EE (papel negativo...), en ese partido, de masas, también se recoge un voto radical (nacionalista y socialista) en las condiciones de una burocracia no consolidada y una corriente interna (con influencia de masas) de izquierda (Nueva Izquierda). Es más equilibrada esta posición que la de "voto HB" puro que tiene demasiados inconvenientes en relación a nuestra imagen y a los objetivos que nos hemos trazado para el próximo periodo. Asimismo no parece que ese tipo de voto ayudaría mucho a nuestras relaciones con esa corriente, dadas nuestras condiciones inferiores en relación a EMK (próximamente independentista y desconfederado) para influir en esa corriente desde nuestras posiciones (ETA, federalismo, partido obrero...). La cosa no va por ahí. Paciencia y al grano.

Javi